

lectores de todos los países: de ahí el éxito—que no debiera asombrarnos—de las novelas de la guerra; especialmente de aquellas que—como *Sin novedad en el frente*—han mirado el tema desde el punto de vista más hondamente humano y más universal.—J. M. VARAS CALVO.

RECUERDOS DE LEONIDAS ANDREIEF

EN la primavera del año 1898 leí en un diario de Moscú, *El Correo*, el cuento *Bergamot y Garaska*, un cuento pascual, de un tipo bastante corriente; dirigido al corazón de un lector empascuado, recordaba una vez más que el hombre tiene a su alcance—a veces en casos especiales—el sentimiento noble que lo convierte en amigo de sus enemigos, aunque no sea por mucho tiempo, digamos no más que por un día.

Desde los tiempos del cuento *El Capote* de Gogol, los escritores rusos habrán seguramente escrito varios cientos, sino miles de estos cuentos enternecedores. Alrededor de las flores maravillosas de la verdadera literatura rusa, ellos son como los «dientes de león», los cuales, según parece, deben decorar la mísera vida del alma rusa, enferma y dura (1).

Pero en este cuento noté un fuerte aire de talento, el cual me recordó en algo a Pamialovsky, y además de esto, se notaba una sonrisita, apenas perceptible, de incredulidad hacia el hecho, y esta sonrisita lo conformaba a uno con el sentimentalismo inevitable de la literatura «pascual» y de Navidad.

Yo le escribí al autor unas palabras acerca del cuento, y recibí una contestación divertida de Andreief; me escribía, con una escritura original, medio imprimiendo las letras, palabras alegres y graciosas, entre las cuales se destacaba un aforismo, sencillo, pero escéptico:

Para un hombre satisfecho es tan agradable demostrar grandeza de alma, como lo es tomar café después de comida.

De aquí empieza mi amistad con Leonidas Nicolaevich Andreief. Durante el verano leí varios otros cuentos suyos y los folletos de Jaime Lynch, observando lo ligero que se desarrollaba el talento original del nuevo escritor.

(1) Seguramente que en aquel tiempo no pensaba como estoy escribiendo ahora, pero no es interesante recordar mis ideas antiguas.

En otoño, de paso por Crimea, en Moscú, en la estación de Kursk, alguien me presentó a Andreief. Vestido con un viejo abrigo toulou (1), con un gorro de piel de oveja echado para atrás sobre la cabeza, recordaba a un joven actor de una compañía ucraniana. Su cara de buen mozo me parecía muy inmóvil, pero la mirada fija de sus ojos oscuros se alumbraba con la misma sonrisa que brillaba tan bien en sus cuentos y folletos. No me acuerdo de sus palabras, pero eran poco comunes, como lo era la corriente de su charla animada. Hablaba con apuro, con una voz un poco sorda y ronca, tosiendo, atorándose con las palabras y batiendo la mano en el aire como si fuera director de orquesta. Me pareció un hombre sano, descomunamente alegre, que podría vivir riéndose de la mala suerte. Su animación era agradable.

—¡Seamos amigos!—me decía apretándome la mano.
Yo también me sentía alegre y animado.

* * *

En el invierno, viniéndome de Crimea a Nijnii, me paré en Moscú, y ahí nuestras relaciones fueron tomando muy luego el carácter de una amistad íntima. Yo veía que este hombre conocía poco la realidad y no se interesaba mucho por conocerla, y por esta misma razón me sorprendía más la fuerza de su intuición, la fertilidad de su fantasía, la viveza de su imaginación. Le bastaba con una frase, y a veces con una palabra bien dicha, para que él, tomando lo poco que le daban, formara un cuadro, una anécdota, un carácter o un cuento.

—¿Qué es S.?—preguntaba de un literato que en esta tierra gozaba de bastante popularidad.

—Es un tigre salido de una peletería.

Se ríe, y bajando la voz, como si fuera a comunicarme algún secreto, dice apurado:

—Sabe, se debería escribir acerca de un hombre que se ha convencido de que es un héroe, que es un destructor de todo y que infunde temor hasta a sí mismo. Todos lo creen porque ha sabido engañar muy bien. Pero en algún rinconcito de su vida íntima no es más que una pobre nada que le teme a su mujer y aun al gato.

Enhebrando una palabra encima de otra, sobre su sutil imaginación, siempre hacía algo inesperado, algo fuera de lo común.

(1) Abrigo de medio cuerpo, en paño forrado de piel de oveja.

Tenía la palma de una mano atravesada por una bala, y los dedos encogidos. Le pregunté cómo había ocurrido aquello:

—Una equivocación del romanticismo juvenil—me contestó—; usted bien sabe que un hombre que no ha hecho la prueba de matarse vale bien poco.

Se me acercó bien y me contó cómo, una vez, siendo chiquillo, se tiró debajo de un tren mercantil, pero por suerte cayó entre los rieles y el tren pasó por encima de él sin hacerle más daño que ensordecerlo.

En el cuento había algo que no estaba muy claro, algo de irreal, pero él lo decoró con una descripción muy brillante de lo que siente una persona por encima de la cual, con un trueno de hierro, pasan miles y miles de toneladas. Esto no me era desconocido: cuando tenía diez años me acostaba debajo de un tren, rivalizando en valor con los amigos; uno de ellos, el hijo del guarda agujas, lo hacía con mucha sangre fría. Esta diversión es casi inofensiva, si las calderas de la locomotora están bastante altas y si el tren va en ascensión y no bajando, porque entonces las conexiones de los vagones están bien tirantes y no pueden pegarle a uno, o, pescándolo, tirarlo por el suelo. Durante algunos segundos uno tiene miedo y trata de aplastarse lo más posible contra el suelo, a duras penas reprimiendo el deseo de moverse y de levantar la cabeza. Uno siente que la corriente de hierro y de madera, pasando por encima, lo quiere elevar de la tierra, llevándolo a alguna parte, y el trueno y ruido del hierro lo siente uno en sus huesos. Después, cuando el tren ha pasado, uno queda un minuto o más sin tener fuerzas para levantarse, y le parece que va navegando detrás del tren y que el cuerpo, alargándose interminablemente, se pone liviano y luego empezará a volar por encima de la tierra. Esto es una sensación muy agradable.

—¿Qué nos impulsaría hacia una diversión tan tonta?—me preguntó Andreief.

Yo dije que quizá estaríamos probando la fuerza de nuestra voluntad, poniendo en contra del movimiento mecánico de las masas, la inmovilidad consciente de nuestro cuerpo.

—No—dijo—, esto sería obrar con demasiado razonamiento para ser cosa de niños.

Recordándole cómo los niños se balancean sobre el hielo nuevo de las lagunas recién heladas, le dije que, en general, los niños gustaban de las diversiones peligrosas. El se quedó callado, encendió un cigarrillo y botándolo en seguida se quedó mirando un rincón oscuro de la pieza.

—No, esto no debe ser así; casi todos los niños temen la obscuridad. . . Alguien dijo:

Uno puede encontrar goce en la batalla
y a la orilla de un abismo obscuro,

pero esto no son más que palabras; yo pienso de otra laya, pero no me puedo dar cuenta cómo.

Y de repente se sobresaltó, como quemado por un fuego interno:

—Hay que escribir el cuento del hombre. que durante toda su vida, sufriendo lo indecible, buscaba la verdad, la cual se le apareció de repente, pero él cerró los ojos y se tapó los oídos diciendo: «No quiero, ni aun si fueras bella, pues mi vida y mis sufrimientos encendieron el odio en mi alma hacia ti.»
¿Qué le parece?

—A mí no me gusta el tema.

Suspiró y dijo:

—Sí, primero hay que contestar dónde está la verdad: si en el hombre o fuera de él. ¿Usted cree que está en el hombre?

Y se rió:

—Entonces esto está muy mal.

* * *

No había casi ningún hecho sobre el cual tuviéramos Andreief y yo las mismas opiniones, pero las innumerables discusiones no nos impidieron durante años tener el uno para el otro este interés y atención que no siempren nacen ni de la más larga amistad. Charlábamos incansablemente, y recuerdo que una vez estuvimos conversando más de veinte horas, tomándonos varios samovares de té, que Leonidas ingería en cantidad fabulosa.

Era un compañero de charla sumamente interesante. Aunque siempre su pensamiento demostraba una tendencia porfiada a mirar en los rincones más oscuros del alma, era siempre liviano y fácilmente tomaba formas humorísticas o grotescas. En charla de amigos él sabía aprovechar muy bien el humorismo, pero en sus cuentos perdía esta facilidad tan rara en los rusos.

Teniendo una imaginación viva y sensible, era flojo; le gustaba mucho más hablar de literatura que hacerla. No comprendía el placer del trabajo nocturno, en el silencio y la soledad,

delante de una hoja inmaculada; no sabía comprender la felicidad de llenar esta hoja con el dibujo de las palabras.

—Escribo con dificultad—confesaba—. Las plumas me parecen incómodas, el proceso de la escritura demasiado lento y hasta degradante. Las ideas se me sublevan como aves en un incendio, y yo me canso de cogerlas y de ponerlas en orden. Y a veces me pasa que escribo la palabra *telaraña* y de repente, no sé por qué, me acuerdo de la geometría, del álgebra, y del profesor de la escuela de Orloff, una persona completamente estúpida. El se acordaba a menudo de las palabras de un filósofo: «La verdadera inteligencia es tranquilidad.» Pues yo sé que las mejores personas del mundo son terriblemente intranquilas. ¡Al diablo la inteligencia tranquila! ¿Y qué ponemos en su lugar? ¿La belleza? ¡Viva la belleza! Sin embargo, aunque yo no he visto la Venus original, en los retratos me parece una mujer bastante tonta. Y generalmente lo bello es siempre algo tonto, por ejemplo: el pavo real, el galgo y la mujer.

* * *

Parecía que siendo tan despectivo para los hechos de la realidad, siendo un escéptico de la inteligencia y la voluntad del hombre, no debía interesarse por la filosofía y la enseñanza que son ineludibles para el que la conoce demasiado bien. Pero nuestras primeras charlas demostraron claramente que este hombre que poseía todos los dones de un artista finísimo, quería adoptar la *pose* de un pensador y filósofo. Esto me parecía peligroso, casi desesperado, especialmente porque sus conocimientos eran muy pobres. Y siempre parecía que sentía al lado suyo un enemigo invisible que discutía con alguien, que quería vencer a alguien.

Andreief no gustaba de la lectura, y siendo un escritor, un hechor de milagros, miraba los libros antiguos desconfiadamente y con prejuicio.

—Para ti el libro es un amuleto, como para un salvaje—me decía—. Eso es porque tú no has gastado tus pantalones en los bancos de las escuelas, y no has tenido contacto con la enseñanza universitaria. Pero para mí la *Iliada*, Puchkin y todo lo demás está ya resobado por los profesores. «El mal de la inteligencia» es tan aburridor como la aritmética de Evtushevsky. *La hija del capitán* había como la mujer que uno encuentra en el Tverskoi Boulevard.

Yo había oído demasiado estas palabras acerca de la in-

fluencia de las lecturas sobre la literatura, y hacía mucho tiempo que me sonaban sin convicción, porque en ellas se traslucía el prejuicio que nace de la flojera rusa. Mucho más individualmente describía Andreief cómo las críticas de los diarios echan a perder los libros, hablando de ellos con el mismo lenguaje con el que se comentan en las crónicas los hechos de la calle.

—Estos son molinillos que muelen la Biblia, Shakespeare, todo lo que tú quieras, convirtiéndolo en polvo fósil. Una vez leí un artículo en los diarios acerca de Don Quijote, y de repente veo con terror que Don Quijote es un vejete conocido mío que tenía un romadizo crónico y una amante, una muchacha de una pastelería; él la llamaba Milly, pero en las calles se le conocía con el nombre de Sonka Pusir.

Pero a pesar de mirar con ligereza y a veces con enemistad el estudio y los libros, siempre se interesaba vivamente por lo que yo leía. Una vez, viendo en la mesa de mi habitación en el Hotel de Moscú el libro de Alexis Ostriumof, de Sinesia, el obispo de Ptolemaida, me preguntó, sorprendido:

—¿Y para qué quieres esto?

Yo le hablé del obispo medio ateo y le leí unas palabras de su obra *La alabanza a la pelada*: «¿qué puede ser más pelado, más divino que la esfera?» Este grito patético del descendiente de Hércules hizo atacarse de risa a Leonidas, pero luego, secándose las lágrimas y sonriendo todavía, me dijo:

—Sabes, este es un tema maravilloso para un cuento de un incrédulo, el cual, queriendo probar la tontera de los creyentes, vive la vida de un monje, hace una nueva enseñanza de Dios—una enseñanza muy estúpida—; logra captarse el amor y la veneración de miles de personas, y después dice a sus alumnos y sus seguidores: «Todo esto son leseras», pero ellos necesitan la fe y lo matan para poder conservarla.

Yo estaba admirado de sus palabras: es que Sinesio tenía el pensamiento siguiente:

Si me dijeran que el obispo tiene que dividir las ideas del pueblo, yo habría dicho delante de todos quién soy. Pues, ¿qué puede haber de común entre el pueblo y la filosofía? La verdad divina tiene que estar escondida, pues el pueblo necesita otra cosa.

Pero no alcancé a comunicarle este pensamiento a Andreief, y tampoco alcancé a decirle la posición poco común que tenía un ateo filósofo, sin bautismo, en el papel de obispo de una iglesia cristiana. Cuando vine a decírselo, él me contestó riéndose:

—Ya ves, no es siempre necesario leer para saber y comprender.—M Á X I M O G O R K I.